

LA SOMBRA DEL ÁGUILA

El invierno se desmayaba a sus pies reencarnando en primavera, que seguía reencarnando en verano, en otoño y finalmente en ese invierno que se desvanecía lentamente y se acurrucaba como buscando cobijo, arrojando una sombra pesada, intransitable.

Juan se había ido en invierno, y Clarita no había podido convertirse en primavera ni en verano; ni siquiera en otoño. Tenía cincuenta y tres años de vida y cuarenta de Juan, podría afirmar que su vida siempre en la choza del mismo pueblo, del mismo campo de Entre Ríos, fueron los cuarenta al lado de Juan. De los trece años anteriores casi no tenía recuerdos o no le interesaba tenerlos.

Descansando bajo uno de los más nobles árboles del campo donde vivía, pasaba sus días observando las gallinas ir y venir, las mullidas ovejas recorrer la tierra fuera y dentro de los corrales -le daban especial curiosidad las aves, las había de todos las clases, de todos los colores, tamaños y formas, mirándolas planear se adormecía lentamente reclinándose sobre su añeja mecedora de mimbre-, sus ramas largas, amables, flexibles, entrelazadas llevaban consigo los cincuenta y tres años de Clarita.

Se despertaba con el ocaso frente a sus ojos, con el sol casi apagado que se desplomaba sobre el horizonte. Preparaba mates con yuyos y cebaba sin dejar de sentir que el próximo sería para Juan, su ausente compañero, su presente recuerdo.

Uno de esos días de siesta con la vista puesta en el cielo, una inmensa sombra en el pasto seco recorrió el campo dando vueltas en círculos. Clarita no miraba ya el cielo sino el trazo, el recorrido, el suave movimiento de la inmensa sombra que se posaba, aparecía y desaparecía.

-¿Juan, sos vos? -Le preguntó a la sombra estando a su lado.

El águila con sus inmensas alas seguía dando vueltas y Clarita no dejaba de perseguir su sombra. Cansada, se sentó en su mecedora y recibió de regalo un espectáculo maravilloso. Descansó su vista en una línea horizontal donde la mitad del sol aún descansaba enorme, fluorescente. Sobre su centro teñido de rojo entremezclado con fucsia y naranja planeaba el águila. Se durmió con esa postal. Despertó, tomando mates en soledad aunque persiguiendo la sombra tenue del águila, la noche caía y no había luz para la sombra. Pasaron horas y más horas, el águila seguía circundando el campo y la casa, sin acercarse demasiado.

Clarita se acostó en su cama, tomó un rosario y rezó mientras el sueño la derribaba, para que al despertar el águila siguiera en el campo.

Esta vez no pudo esperar al canto matutino de los gallos para levantarse. Se vistió rápidamente y se acercó a la puerta, tomó un abrigo que colgaba del perchero y salió. Bajó los tres escalones que separaban la casa del campo, recorrió durante unos fríos minutos el perímetro, sin ver al águila ni a su sombra. Regresó, subió los tres escalones y antes de entrar, al lado de la puerta, sobre la mecedora de las siestas; la vio, acurrucada, sus alas

plegadas y su blanca cabeza relajada sobre el cuerpo que contrastaba con su pico amarillo fuerte.

Se acercó prudentemente: “¿Juan, sos vos?”. El animal levantó su cabeza y Clarita lo interpretó como una señal, como una afirmación y con la certeza de que esta vez no se iría y compartirían la mecedora.

Entró, se desabrigó y preparó los mates de la mañana. Una sonrisa le dibujaba el rostro, de su boca salían canciones y por la ventana pudo ver algunas flores silvestres acompañar el viento de un lado a otro.

Clarita volvió a ser melodía y aromas suaves del invierno que iba quedando atrás, para reencarnar en primavera.